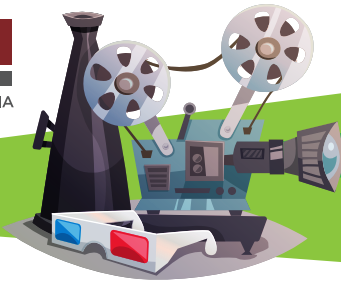




CUAUTITLÁN
IZCALLI
2019 - 2021
GOBIERNO QUE HACE HISTORIA

La experiencia cinematográfica en



Cuautitlán Izcalli II

De este lado de la historia, en México, la primer experiencia cinematográfica fue el 14 de Agosto de 1896 dentro del número 9 de la calle de Plateros (hoy Madero), con las cintas que los Lumière había realizado y que sus emisarios habían traído consigo para ofrecérselas al Presidente Porfirio Díaz debido al interés del General por la cultura francófona. Desde aquel entonces este lugar se convirtió en el “Cinematógrafo Lumière” y pronto nuevas salas de cine se abrieron en las principales ciudades del entonces pujante, pero lleno de contrastes, México porfiriano. En aquellos meses también tuvo lugar la primer grabación y exhibición del primer filme mexicano: “El Presidente de la República paseando a caballo en el Bosque de Chapultepec”.

Durante los primeros años del cine en México las cintas se centraban en escenas de la vida cotidiana y algunas cuantas historias ficticias que escandalizaban a la crítica positivista de la época que sólo consideraba al cinematógrafo un invento para reflejar el lado próspero de su realidad. Tras la caída del General Díaz y el estallido de la Revolución Mexicana, los entusiastas del cinematógrafo ocuparon gran parte de sus cintas para retratar escenas de los múltiples conflictos bélicos.

Terminado el conflicto, el cine tuvo una serie de altibajos, pero logró imponerse y llegar a su época de oro tan sólo una década después de la llegada del cine sonoro a nuestro país en 1931 con la película “Santa”, basada en la novela de Federico Gamboa. En esta época dorada, de 1940 a 1952 (o según otros críticos entre 1936 a 1959), se creó toda una cultura alrededor del cine. No sólo nos dio a las estrellas de talla internacional que hoy permean nuestras referencias colectivas, no sólo nos dio la ilusión de una identidad nacional y nos brindó la educación sentimental tan característica de nuestros días, sino que también, gracias el éxito de estas producciones, se construyeron las grandes salas de cine. Al igual que en el resto del mundo occidental, estas primeras salas solían ser edificios autónomos y de gran tamaño para congregar hasta a 6 mil personas en una sola sala.

Pero la construcción de estos espacios no se reservó únicamente para la gran urbe, sino también se dio espacio para los cines de barrio o cines “piojito”, cines donde se exhibían películas que ya antes habían sido estrenadas, llamados también de segunda corrida por esta razón. Y si bien estos pequeños cines no tenían la majestuosidad de los otros, sí eran un punto vital para la convivencia de una creciente clase media. En aquellos años los boletos para el cine eran, a decir de Jorge Ibargüengoitia, parte de la canasta básica de los mexicanos. Ya desde aquella época los urbanistas reconocían en estos espacios un punto clave para el desarrollo de las ciudades y para la cohesión social.

Si la época de oro del cine mexicano culminó a finales de los 50s, la época dorada de los grandes cines comenzó a decaer a finales de los 60s. Este paulatino ocaso tiene varias explicaciones, muchas de ellas ligadas a las erráticas decisiones gubernamentales. Por un lado se crea la Cineteca Nacional, se establece el Centro de Capacitación Cinematográfica, se da mejor programación a las producciones nacionales, se crea la Muestra Internacional de Cine y se re-instauran los premios Ariel, pero, por otro lado, se abre la puerta a los multicinemas, se descongela el precio de la taquilla, se reducen los circuitos de segunda y de tercera corrida (lo cual a la larga hace que estos cines dejen de ser rentables) y el nepotismo característico del priísmo deja al frente de la cultura nacional a Margarita López Portillo, novelista y hermana de aquel presidente que no era responsable de la tormenta pero tampoco se hacía responsable del timón.

En medio de este panorama nacional respecto a la cinematografía nace Cuautitlán Izcalli, el municipio número 121 del Estado de México.

